HOJARASCA I

LITERATURA AMAZONICA

Cuentos, Leyendas, Mitos y Casos de la Selva

COMPENDIO

Carlos Navarro Ramírez
Javier Bartra Rengifo

Hojarasca I : literatura amazónica: cuentos....

AL LECTOR

Hablar de patrimonio nacional significa la herencia tanto cultural como natural que hemos recibido de nuestros antepasados, quienes con estoicismo e ingenio característicos, han sabido labrarlo a lo largo de nuestra gloriosa historia peruana. Por consiguiente, nuestro patrimonio es nuestra máxima riqueza. Abarca lo acumulado en cuentos, mitos, leyendas, fiestas, artes, tecnologías, conocimientos, edificaciones, costumbres, sistemas de organización políticos y sociales, creencias y también lo geográfico o natural. Ello otorga nuestra identidad de ser peruanos frente a la de otros pueblos. Esta resultante de milenios de evolución cultural, nos obliga a tomar conciencia de la trascendencia de participar decididamente en la conservación y difusión de nuestra heredad; incumbe a todos sin excepción. No significa esta conservación, tratar de detener el desarrollo, más bien afirmarlo. Para que el Perú del mañana no deje de tener personalidad propia, no destruyamos los cimientos en que se asienta nuestra heredad, nuestra nacionalidad. "Conservar nuestro patrimonio, es conservarnos como pueblo; perderlo significaría dejar de saber quienes somos. En síntesis: *"Un pueblo que no ama su cultura, es un pueblo fácilmente dominado"*.

Con este magno propósito se hace realidad este compendio intitulado ***"HOJARASCA I" - LITERATURA AMAZONICA - Cuentos, Leyendas, Mitos y Casos de la Selva.*** El título significa la abundancia de hojas acariciando a la madre tierra, y ella bondadosa, transformado la vida en vida, en abono fértil para ir alimentando la simiente, vitalizando a los nuevos árboles, también a los añejos; haciendo que renazca el campo, que florezca la Selva".

Esta obra contiene una selección de cuentos, leyenda y casos referentes al folklore de nuestra Región Selvática. Entiéndase que esta narrativa ha sido creada por la sabiduría popular a lo largo de muchas generaciones; por tanto, lo anónimo y la tradicionalidad,

Hojarasca I : Literatura amazónica: cuentos....

constituyen su esencia. Lo que en suma interesa es que este repertorio de narraciones llegue a nuestra niñez, a nuestra juventud, a toda nuestra gente, propios y foráneos, que lo mantengamos vigente para seguir conservando nuestro modo de ser, reafirmando nuestra razón de ser selváticos y, por ende, peruanos.

La aspiración nuestra es ferviente, en el sentido de que "Hojarasca I " le sea útil y se convierta en un elemento fundamental para el incremento no sólo de su acervo cultural, sino para afianzar el cariño a nuestras tradiciones y costumbres. Es inadmisible que primero sepamos lo de afuera; dejando de lado lo nuestro. Por ello lo invitamos a compartir esta sabia reflexión: "Nadie ama lo que no conoce".

CNR
JBR

CUENTO

"EL ARBOL QUE QUEMA"

En la Selva existe un árbol llamado Hítil, que tiene la propiedad de quemar a la gente que le toca o pasa cerca de él sin saludarlo. Su tallo está cubierto de granulaciones rojizas semejante a las ampollas o ronchas que produce en la piel una quemadura.

La persona quemada por este árbol se cubre de ronchas, se le hinchan la cara, las orejas, los pies y las manos; tiene fiebre alta y sólo se sana bañándose durante una semana con infusión de hojas de paico o de papayo. Aunque dicen que puede curarse inmediatamente, haciendo el simulacro de ahorcarse en el mismo árbol que lo quemó. A medida que va realizando el simulacro dirá al árbol: "Yo soy Hítil y tú ..." (le dará su nombre); y correrá a su casa, sin mirar atrás, apenas se rompa la débil soga con la que fingió ahocarse.

Por eso, la gente que anda en la Selva, al descubrir el Hítil, lo saluda respetuosamente: "Buenos días... (o buenas tardes) señor Hítil". Y el árbol se queda contento; pudiendo la persona tocarlo y hasta cortarlo sin ningún peligro.

LEYENDA

"LA CACHIMAMAM"

Cuentan que había una mina de sal en las afueras de la población de Rioja. Esa mina tenía "madre", la cual se presentó un día en forma de una viejecita haraposa a la casa de una señora que estaba preparando tortillas de yuca. Pidió a la señora que le diera un pedacito para probar su sal; la señora accedió, y la viejecita introdujo el trozo de tortilla en la boca y lo probó; luego, comprimiendo la nariz, arrojo la mucosidad sobre la masa de yuca que estaba en el batán, diciendo que le faltaba sal.

Entonces la dueña de la casa se enojó y la echó fuera, insultándola de cochina. La vieja al salir de la casa, dijo resentida: " No me quieren, tendré que ir muy lejos y allá me buscarán". Y se marchó.

Ellas no comprendieron el sentido de las palabras pronunciadas por la vieja ni se dieron cuenta quién era. Pero en la noche, la señora de la casa soñó que aquella viejecita era la "Madre de la Sal".

Luego que pasaron algunos días fueron, como de costumbre, a la mina a traer sal; y no la encontraron. Entonces regresaron afligidos.

Cierto día, unos cazadores se internaron en el bosque en busca de animales y encontraron la mina de sal al pie de un cerro, muy distante del sitio en que estaba anteriormente; y hasta hoy la mina continúa en ese lugar.

Al igual que en esta leyenda, numerosos relatos populares hacen referencia al fabuloso personaje "La Madre". El pueblo cree

que las enfermedades, los fenómenos atmosféricos, las casas , los árboles, los ríos, las fuentes, los cerros, las minas etc. tienen madre. Esta es un ser misterioso, animal o con personificación humana que origina los lugares o seres mencionados, o los protege.

La madre de las minas de sal es la Cachimamam. En quechua "cachi", sal y "mamam", madre. Es generalmente una horripilante anciana, con nariz como pico de loro o de pinsha (tucán) y con uñas como garras de felino.

CUENTO

"EL AYAPULLITO"

En la Selva cuando en el silencio de la noche oyen cantar al Ayapullito dicen que es mal agüero, que alguien de la casa o del barrio se va morir en esos días. Canta sólo en la noche y de modo muy triste como pollito de frío. Dicen pues que es el "pollo del muerto"; de allí su nombre de Ayapullito ("aya", muerto, "pullito", pollito) y que vuela junto al tunchi o a las almas que salen del cementerio. El Ayapullito es de plumaje negro como la noche y cabeza pelada como calavera, que se alimenta en el cementerio con los ojos de los muertos.

Cuentan que una señora de Moyobamba lo agarró una noche. Oyéndole cantar en su propia casa le buscó afanosamente por todos los rincones, hasta que lo encontró y, para verlo mejor en el día, le metió en una tinaja chichera amarrando bien con una tela gruesa la boca de ésta. "Aura sí, se fregó el condenado", exclamó, alegre, la vieja. "Mañana le voy a ver bien y voy a hacer que todo el mundo lo vea".

Apenas amaneció, la vieja se encaminó a verlo, pero, cual no fue su sopresa, el Ayapullito había desaparecido, a pesar que la tinaja se encontraba tal como lo había dejado, amarrada la boca con la tela gruesa.

LEYENDA

"LA VACA QUE ARROJABA FUEGO"

Cuentan lo pobladores de La Calzada que hace mucho tiempo junto al enorme morro que se yergue a orillas del camino que conduce a Moyobamba, aparecía siempre una fiera con aspecto de vaca, con largos cachos retorcidos, que arrojaba fuego por la boca. La gente le puso el nombre de Vaca Huillca (Vaca Sagrada). Este animal amenazaba destruir todo con el fuego que lanzaba a chorros.

Los habitantes, llenos de pánico por tan terrible amenaza y convencidos de que ellos solos no podrían hacerla desaparecer, resolvieron solicitar los servicios de un brujo de Pomacochas. Enviaron una comisión a dicho lugar, con ese fin. El brujo a cambio de una buena paga, vino a La Calzada; y valiéndose de sus prácticas hechiceras derrotó el extraño animal.

Se dice que el monstruo se trasladó a la laguna de Cochaconga, en la punta de Pishcohuañuna, donde hasta hoy se supone que habita. Se afirma que esa laguna está encantada, que ante un grito a ruido se enfurece, se levanta en columna enmarañada al cielo, provocando una terrorífica tempestad de la que nadie se escapa con vida . Por eso los viajeros o arrieros pasan por allí en absoluto silencio.

Aclaremos que el morro arriba mencionado, solitaria montaña en la Ceja de la Hoya Amazónica, tiene las características de un volcán apagado. Según el pueblo, vive en su cumbre un inmenso toro negro cuyos bramidos se oyen en ciertas noches en la región circundante. Asimismo se asegura que en uno de sus sombríos costados rocosos brilla intensamente por las medias tardes un Cristo de oro que es visto sólo por "gente sin pecados".

"LA LAMPARILLA"

La Lamparilla es un horroroso fantasma, un esqueleto humano que lleva a la altura del corazón una lámpara de llama azul y sale del cementerio a altas horas de la noche a recorrer la población.

Va por las calles con su maravillosa luz y el crujir espantoso de sus huesos: "trac, trac, trac..."

En Juanjui, cierta noche bien oscura, don Eduardo Peñaherrera al regresar de velar un cadáver en una casa que estaba a unas seis cuadras de la suya, encontró una luz que parecía ser llevada por un hombre invisible.

Don Eduardo cambió inmediatamente de rumbo, tomando otra calle, porque era imposible aventurarse a pasar por ese lugar, ya que esa luz era "La Lamparilla"... Pero al llegar a la otra calle volvió a ver al fantasma a una cuadra de distancia; en el mismo instante, tornó, corriendo a la calle anterior, pero ya la luz estaba también allí con el propósito de impedirle el paso.

Ante esta situación, el señor se puso a meditar en la forma de librarse del fantasma. Regresar al lugar del velatorio, que no quedaba más de dos cuadras atrás, para pasar allí la noche, no le convenía; porque en todo caso le preguntarían el motivo de su vuelta, y al relatar la aventura corría el peligro que lo tomaran por cobarde; pero irse contra el fantasma era más peligrosa aventura. Mientras reflexionaba así, la luz seguía alumbrando, paseándose por la bocacalle por donde debía pasar; desafiándole en esa forma. El señor Peñaherrera, no encontraba otro medio que cobrar ánimo; cogió una caña y siguió adelante con paso resuelto, pero del mismo

modo la luz venía a su encuentro y ya muy cerca, los rayos luminosos le impedían ver al fantasma, pero sin perder tiempo, arremetió a golpes contra él. La lucha duraba ya diez minutos sin que don Eduardo lograra alcanzar golpe alguno al fantasma, mientras éste daba vueltas vertiginosas a su alrededor, pero ansioso de dominar a su enemigo cuanto antes, don Eduardo asestaba golpes a diestra y siniestra, hasta que cansada, La Lamparilla abandonó la pelea; persiguiéndola el infatigable señor Peñaherrera hasta que logró alcanzarle un tremendo golpe, viendo en consecuencia, caer a "La Lamparilla" y desaparecer la luz.

Inmediatamente prendió un fósforo y sólo encontró en el suelo un insecto sin alas, comenzó a despedazarlo con la punta de la caña, pero antes de que terminara su tarea se apagó el fósforo, y cuando prendió otro cerillo ya no encontró al insecto muerto; había desaparecido.

Es así como el valiente don Eduardo Peñaherrera mató en Juanjui, a la horrible "Lamparilla", terror de los trasnochadores.

LEYENDA

"LA MADRE DE LA VIRUELA"

Muchos años atrás en Rioja se desarrolló, con carácter aterrador, la epidemia de la viruela; las gentes morían como moscas.

Decían que la enfermedad se debía a una anciana de singular aspecto, que tenía el rostro cubierto de surcos y huellas, que vestía blusa y pollerón de india serrana, un chal de colores, un sombrero de paja con ala ancha que casi le ocultaba el rostro y zapatos de madera. Era la "Madre de la Viruela".

Un día, a la caída de la tarde, dos niñas hermanas Petronila y Manuela Ruiz, de siete y nueve años de edad respectivamente, regresaban de una casa del vecindario y, al pasar por un pequeño puente que salvaba una acequia en la calle, la menor miró atrás y vio venir a la "Madre de la Viruela", expresando que no les haría daño. En pocos segundos la vieja las alcanzó y luego de abrazar a la niña mayor, que se había quedado un poco atrás, desapareció como por encanto.

Las niñas contaron a sus padres lo que les había ocurrido, pero éstos no las dieron importancia. Por la noche, la niña que fue abrazada por la anciana enfermó gravemente con fiebre alta; asimismo empezó a brotarle los granos de la viruela. En delirios decía ella que "la anciana estaba a su lado, cuidándola".

Y a eso de las dos de la mañana más o menos, oyeron todos los de la casa un llanto triste de mujer en la huerta. Los hermanos de la enferma trataron de descubrir a la que así lloraba, sin conseguirlo; sin embargo el llanto continuaba en la huerta de esa casa y en las de otras donde habían enfermos de viruela.

La niña Manuela murió pese a la esmerada curación y cuidados que la prodigaron. Sus hermanos, ante esto, intensificaron la búsqueda de la "Madre de la Viruela".

Salían en altas horas de la noche armados de revólveres y escopetas a las huertas y solares del pueblo para matarla.

En dos ocasiones lograron ver a la vieja, pero cuando iban a disparar, aquélla desaparecía como humo.

Después de cierto tiempo desapareció la epidemia de la viruela en Rioja. Unos viajeros que venían de Moyobamba contaron haber encontrado en las proximidades de dicha ciudad, a la vieja, "Madre de la Viruela"; quien al verlos huyó al bosque. Luego la viruela arrasó también con la población de Moyobamba.

CUENTO

"LA CARACHUPITA SHITARERA"

Cuando una carachupa (armadillo) estaba pescando shitaris en un río, se le acercó un tigre y le dijo: "Sobrino carachupa, regálame un shitarillo". Y la carachupa le regaló dos.

Como el tigre le pidiera más y más, la carachupa le dijo: "Tío, ya vas a acabar mi shitarillo, entra tú también al río a buscar".

El tigre se metió al río, pero no podía pescar shitaris porque flotaba demasiado. Entonces, la carachupa le dijo: "Tío, voy a buscar una soga en el monte para amarrarte dos piedras en el pescuezo, y puedas así "buzar" en el río y agarrar shitaris".

La carachupa regresó del bosque trayendo una soga y le amarró al tigre dos grandes piedras en el pescuezo. Este, con el peso, se hundió por completo en el río y se iba a ahogar, pero con manotadas y sacudones logró romper la soga y liberarse, persiguiendo inmediatamente a la carachupa, la cual, al darse cuenta del peligro, corrió y subió a un árbol llevando una piedra grande y cuatro shitaris. Cuando el tigre llegó frente al tronco, la carachupa le dijo: "No me comas, tío tigre, te voy a dar estos shitaris; abre tu boca y cierra tus ojos".

El tigre hizo lo que le decía su sobrino carachupa y éste, en vez de los shitaris, le soltó la piedra y le rompió las muelas.

El tigre, reanimado luego del golpe, volvió a perseguir a la carachupa; la cual, viendo que el tigre iba darle alcance, se paró y le dijo: " Espera tiíto, espera tiíto; quiero leerte esta carta que acabo de recibir. Escucha... (la carta era una hoja blanca de setico)". La

carachupa leyó en voz alta: "Amigo carachupa: Te escribo para avisarte que en este momento va a haber un diluvio para todos los tigres sin excepción". Luego, dirigiéndose al tigre, le dijo: "Ya ves tío, corres tremendo peligro; sube inmediatamente a este árbol seco, allí te vas a escapar ". El tigre subió hasta la punta del árbol ; entonces, la carachupa sacó un fósforo de su bolsillo y encendió el árbol, diciendo al tigre. "Tío, ya viene el diluvio, ya viene el diluvio..."

El tigre murió carbonizado y la carachupa regresó al río a pescar de nuevo, tranquilamente.

(Francisco Izquierdo Ríos)

LEYENDA

"EL PAUCAR"

Los paucares negro-amarillos, pájaros inseparables del paisaje selvático, son gregarios, construyen sus nidos en las ramas de un árbol próximo a la vivienda del hombre y cuando éste abandona el lugar, los paucares también se van. Sus ablongos nidos de paja cuelgan como bolsas de las ramas.

Cantan del amanecer al anochecer e imitan todo lo que oyen: el llanto de las criaturas, el mugido de los bueyes, ladridos, el silbido de los campesinos, las voces con que las mujeres llaman o ahuyentan a los animales domésticos. Constituyen una distracción permanente para adultos y niños, sobre todo para los párvulos, quienes bajo los árboles y nidos-colonias de esos pájaros suelen cantar, reír, silbar, fingir llanto; y son inmediatamente remedados por aquéllos. Por esta singular cualidad, el pueblo los considera "muy inteligentes" y algunas abuelas para que sus nietos sean tan inteligentes como los paucares, les hacen tomar el caldo de la cabeza de estos pájaros.

Cuentan que en un pueblo selvático hubo un niño que siempre usaba pantalón negro y chaqueta amarilla, además, tenía demasiada suelta la lengua, pues la menor noticia que oía, la propalaba inmediatamente a los cuatro vientos y, en un cerrar y abrir de ojos, ya lo sabía la población entera; y aun solía burlarse de las flaquezas del prójimo; razón por la cual se hizo malquerer del pueblo, que no veía la hora de castigarle y corregirle esa debilidad.

En una de estas ocasiones contó que una vecina anciana, Mama Llicu, era runamula, y que los martes y viernes por la noche volaba montada sobre una escoba, noticia que en el acto llegó a conocimiento de la anciana; y como ésta era un hada disfrazada, decidió

inmediatamente aplicar un castigo al incorregible niño. Con una varita mágica que llevaba, le dio un pequeño golpe en la cabeza, convirtiéndole en un instante en un pájaro de color negro y amarillo semejante al color de sus vestidos, al que le llamó paucar.

El muchacho, aún convertido en pájaro, no se le ha enmendado el defecto que tenía, pues continúa propalando las noticias. Por eso es que continuamente oímos decir que cuando canta el paucar es buen augurio, pues está anunciando la llegada de balsas, de cartas, telegramas, visitas o buenas noticias.

Este pájaro siempre tiene presente el castigo que le impuso el hada, y por eso construye su nido en los árboles más altos, junto a los caserones de avispas, para su defensa.

CUENTO

"EL ARBOL BRUJO"

Casi todos los habitantes de la Selva, principalmente los indígenas cocamillas, conocen un arbusto llamado Wiura Icaro (árbol brujo), cuya resina dicen que cura ciertas enfermedades tales como la sarna, los diviesos, las llagas, etc.

Es un arbolito de hojas menudas, tallo delgado, resina blanca, algo espesa. Se produce escasamente, a diferencia de otros árboles de la Selva que se multiplican con abundancia.

La persona que va a extraer su resina, tiene que hacerlo muy temprano, sin "tocar candela" y sin dejarse ver por nadie, llevando un obsequio, el cual puede consistir en un retazo de tela, una porción de tabaco, espejitos, etc. Amarra el objeto en una rama del arbusto, diciéndole: "Esto te pago para que sanes al fulano o zutano y no te enojes; él te quiere mucho y por eso te envía este obsequio". Luego extrae la resina plenamente convencido de que ella sanará al enfermo. .

De modo que el Wiura Icaro siempre esta cargado de toda clase de objetos, los cuales son los premios o los pagos por su poder curativo.

CUENTO

"EL CHULLACHAQUI"

En esta tierra selvática existe la creencia de la visión del Chullachaqui o el Diablo del Bosque. Su nombre en quechua significa "pies desiguales". En la imaginación popular, este personaje diabólico tiene los pies desiguales; el izquierdo puede ser chiquito como pie de una criatura recién nacida, como bola de caucho, como pata de tigre o como una raíz de árbol; mientras que el derecho es de tamaño normal.

Cuando a una persona se le aparece, especialmente en el bosque y mejor aún si ésta no está bautizada, toma cualquier forma o apariencia: la de un hombre, de un animal, de un árbol, una flor, un arroyo, etc. para engañar y reírse de la gente. Puede presentarse de súbito a alguien en la figura de un pariente suyo, de un amigo, y llevárselo con engaños al fondo del bosque donde se burla de su víctima, a quien luego la deja metida en un espinal o amarrada al tronco, o en la copa de un árbol, o en el fondo de algún barranco, donde es casi imposible encontrarlo, a no ser, muerta, cuando la presencia de los gallinazos que revolotean en el lugar acusa la existencia de un occiso.

Lo cierto es que la gente achaca muchas travesuras a este personaje.

"Don Saturnino, después de concluir sus trabajos en la chacra, tuvo deseos de saborear amarillentos caimitos que alrededor de su labranza tenía. Impulsado por darle el gusto a su paladar, subió a uno de ellos y se ocultó en los más frondoso del árbol, de donde no le era posible ver el suelo. De pronto oye una voz que le llama: "Com-

padre Saturnino, compadre Saturnino". Al oír aquella voz, preguntó: "¿Quién eres?" - Tu compadre Marcelino - Contestó el otro sin dejarse ver de frente - ¿Mi compadre Marcelino? ¿De dónde vienes compadrito?, siguió preguntando don Saturnino, pero con cierta desconfianza porque le parecía extraño que su compadre estuviese por esos parajes a esas horas.

- De mi chacra compadre, contestó aquél. Más desconfianza tuvo entonces don Saturnino ya que su compadre estaba ausente de la familia, pues se había ido a trabajar en la mina de sal por dos meses y sólo hacía ocho días que se había ausentado.

Fue entonces que le vino la idea del Chullachaqui, el hombre demoníaco de pies desiguales. Don Saturnino encolerizado le gritó: " No quieras tentarme Satanás, mi compadre esta ausente. Espérame para que conozcas el filo de mi puñal", y comenzó a bajar raudo con mache en mano; pero el fingido compadre había desaparecido, dejando un olor desagradable a chivo. No había duda que había sido el Chullachaqui.

Cuando llegó la enlutada noche, don Saturnino subió al terrado de su tambo y cuando se disponía a dormir, oyó una tosca y resonante carcajada que le erizó el cuerpo y se estremeció el platanal. Felizmente don Saturnino era un hombre que no tenía miedo y confiaba en Dios. Se levantó y gritó con todas sus fuerzas: "En nombre de Dios, espíritu del infierno sepárate". Lo que siguió fue el silencio profundo que engullía a la chacra".

LEYENDA

"EL AYAYMAMAM"

En las noches oscuras o de luna lloran, más que cantan en la profundidad de la Selva, una pareja de pájaros, son los Ayaymamam. Su canto semeja a un lloro tristísimo, al punto que como cuentan algunos viajeros, al escucharlo, no prosiguen el periplo, sino que retornan a sus hogares muy apenados. A través de su canto-sollozo se percibe claramente la expresión quechua "Ayaymamam huishchurhuarca:, que puede traducirse por "muerta nuestra madre, nos han abandonado". Según la imaginación popular, los Ayaymamam antes fueron dos niños, un niño y una niña abandonados por su cruel madrastra en la espesura del bosque, y que un hada compadecida los transformó en avecillas para ahorrarles sufrimientos.

La gente afirma que estos pájaros son negros y pequeños y que casi nadie logra verlos, sólo escuchar su lóbrego canto.

Cuentan que los dos niños quedaron huérfanos de madre. Su padre los quería mucho al principio, mas cambió por completo cuando llevó otra mujer a su casa. Esta le llegó a dominar a tal extremo que parecía su esclavo. A pesar de su corta edad; los pequeñuelos eran sometidos a trabajos pesados por la cruel madrastra, más aún, el padre que casi siempre paraba embriagado, no se daba cuenta de nada.

Las cosas empeoraron más cuando la madrastra tuvo hijo. Entonces en una ocasión después de una comida, dijo: "Ya no vamos a poder vivir así, debemos deshacernos de estos tus dos hijos holgazanes. ¿Para qué sirven? ¿Sólo para comer?". El padre ante tamaña proposición protestó; pero luego accedió como en todo lo

que le pedía la pérfida mujer.

Esta le siguió diciendo : "Mañana, muy temprano, los llevarás lejos, bien adentro del monte y allí los dejarás". El varoncito, que en ese momento se encontraba en la parte posterior de la cocina, junto a la pared; escuchó la conversación; pero no contó nada a su hermanita. Por la noche cogió de la barbacoa dos mazorcas de maíz, las desgranó y llenó sus bolsillos con las simientes.

Al siguiente día, apenas llegó el alba, el padre llevó a sus hijos al bosque. Cuando habían caminado ya bastante y se encontraban lejos, les dijo a los muchachos que él tenía que cortar un palo, que le esperasen allí un momentito; y no volvió más. La niña se puso a llorar, pero su hermanito la consoló y la condujo al sitio por donde habían venido, encontrando los granos de maíz que él fue regando y que por fortuna, no habían sido comidos por los animales de la Selva.

Al anochecer llegaron a su casa. Su madrastra se encolerizó y echó la culpa a su marido, diciéndole que no los había dejado lejos y que debía llevarlos muchos más lejos aún.

A la mañana siguiente, su padre los llevó hasta una gran distancia y los dejó detrás de un cerro, engañándoles que lo esperasen, que iba a regresar pronto.

Los chicos quedaron así abandonados a su suerte. Tigres, víboras, huanganas, pasaban por su lado mirándolos, sin hacerlos daño. Los monos gritando les arrojaban frutos maduros desde los árboles, lo mismo que los guacamayos. Los niños estaban en la Selva como en un palacio encantado. Esta con sus árboles y animales, les acogió en su seno, amorosamente. Había algo de sobrenatural en ello.

Llegó la noche y los niños durmieron bajo una mata de bombonaje, cuyas hojas parecen paraguas.

En sueños vieron que una linda mujer, blanca como la luna, de larga cabellera color de oro y vestida con ropas transparentes, los cuidaba y les decía que no tuvieran temor. Cuando rayó el día, se pusieron a caminar por la Selva, sin ningún temor, y así vagaron por muchos días; hasta que una noche se durmieron bajo las aletas de un renaco, y soñaron que eran pajarillos, y que junto con otros pajaritos estaban comiendo los frutos rojos del árbol. En efecto, el hada que los cuidaba, para ahorrarles sufrimientos, los había transformado en pajarillos. Estos, al encontrarse en esa condición, lo primero que pensaron fue ir a su casa.

Y por la noche, cuando salía la luna, llegaron a ella y posándose en el techo cantaron a coro, tristemente: "Ayaymamam huishchurhuarca (muerta nuestra madre, nos han abandonado)".

Su padre, que estaba sentado en el umbral de la casa, arrepentido de lo que había hecho, se levantó y, como un loco, les dijo: "Hijos de mi alma, venid..."

Todo fue inútil, los dos pajaritos se perdieron en la infinita selva como dos manchitas negras.

"EL ORIGEN DE TARAPOTO"

Cuentan que al llegar los españoles al valle de Tarapoto encontraron a los cumbazas a quienes exterminaron luego de sangrientas luchas, sobreviviendo únicamente dos pequeños niños, un hombre y una mujer. El dios Apu, compadecido del dolor de los dos niños que eran perseguidos por los españoles, convirtió al niño en toro y a la niña en mariposa. El niño transformado en toro huyó a las colinas del cerro Escalera, donde lloró tanto que sus lágrimas se convirtieron en el río Shilcayo; la niña transmutada en mariposa, por su parte, mientras posada en una palmera observaba la ruina de su pueblo, fue descubierta por un arcabucero español que prendido de su belleza se empeñó en capturarla viva o muerta. El español al no poder capturarla, le disparó y la hirió de muerte, sin embargo, ni muerta pudo tenerla, pues el dios Apu, al caer la mariposa, la convirtió en la laguna de Suchiche, lugar histórico de la fundación de Tarapoto.

CUENTO

"EL SACHARUNA"

El Sacharuna es otro personaje de la imaginación popular selvática. Su nombre significa "hombre del bosque"; en quechua "sacha", monte y "runa", hombre. Es un ser producto del bosque, con algo de vegetal y de animal. Es bajo de estatura, con vientre voluminoso, piernas y brazos delgados, brillantes ojos de pájaros, cabellera como hierba; todo el cuerpo cubierto de pelos como musgo. El Sacharuna es también burlón. Intenta siempre burlarse del cristiano (gente) que ingresa a los bosques y asustarlo.

El cazador o chapanero que se interna por primera vez en la Selva, suele ser sorprendido por unos ruidos extraños como los que se producen al golpear en un cajón vacío. Son los golpes dados por el Sacharuna en la aleta de un árbol para conocer el ánimo del cazador. Si éste no se asusta ante esos ruidos, el Sacharuna trata de atemorizarlo y confundirlo con otras manifestaciones. Hace que se presenten, por ejemplo, a la vista del cazador, manadas de monos o de sajinos, a fin de que éste, con incentivo de la caza, los persiga por el interior de la Selva y se desoriente y pierda la ruta. Si el cazador sale sin novedad de estas pruebas y otras más, el Sacharuna hace caer una terrible tempestad con viento, lluvia, rayos y truenos, hasta obligarlo a regresar a su casa, sin cazar un solo animal, pues por más que dispare contra uno de éstos, no acierta a alcanzarlo. Es que el Sacharuna le ha shingureado (influenciando en su voluntad para que no pueda realizar lo que se propone).

El cazador llega a su casa enfermo, con fiebre alta y fuertes dolores en todo el cuerpo. Pasada esta enfermedad, el chapanero queda apto para ir a cazar en la Selva y el Sacharuna ya no le molesta, todo lo contrario, le facilita abundantes y selectas piezas de cacería.

LEYENDA

"EL ORIGEN DEL NOMBRE DE SAPOSOA"

Cuentan que la laguna Cocha Grande, hoy Saposoa, ubicada en lo más intrincado de la exuberante Selva, era una magnífica colpa, o sea, bebedero y bañadero de un gran cantidad de animales silvestres, tanto cuadrúpedos como aves, que atraídos por el frescor de sus aguas y la abundancia de las frutas que allí se daban, acudían a él. Conocedores de esto, los nativos lamistos lo habían convertido en excelente coto o lugar de caza, al que periódicamente acudían.

En una de esas partidas de caza, se enroló un mestizo o "misti" que, amante de las aventuras, quiso acompañar a los indígenas.

Llegados a Cocha Grande, ya al anochecer, hubieron de acampar en sus orillas y cada cual se dispuso a pasar la noche de la manera más conveniente. El "misti" se acomodó debajo de un gran árbol de ojé y, colocando su escopeta y su mochila cerca a su cabecera, cansado como estaba, se quedó completamente dormido.

Al despertarse al día siguiente se sorprendió al no encontrar su mochila. Interrogó a sus compañeros y ninguno de ellos pudo darle la razón. Intrigados todos por la pérdida tan extraña, se pusieron a buscar entre la tupida vegetación de los alrededores. Y cuál no sería su sorpresa cuando uno de ellos encontró la mochila enredada entre las patas y la cabeza de un gigantesco sapo. El indigena al verlo exclamó en su dulce y milenario idioma: "!Sapo súa! !Sapo súa!"; que quiere decir "sapo ladrón".

Es así como de la expresión "Sapo Súa", proviene el nombre de tan importante ciudad sanmartinense como es Saposoa.

CUENTO

"EL YACURUNA"

En el mundo misterioso de la fantasía popular, así como existe el Sacharuna, o sea, el "hombre del bosque"; también hay el hombre del río o de las aguas. Este es el Yacuruna. (en quechua "yacu", agua y "runa", hombre, gente). Los yacurunas viven, según la ficción del pueblo, en el fondo de los ríos y los lagos; en palacios de caracoles de oro y perlas. Tienen cabellos como algas y ojos de peces.

Las mujeres son las Yaras, de larga y espesa cabellera verde. Salen a la superficie del río o a las orillas, y se llevan al fondo de las aguas a las personas que encuentran. Hay historias y casos de gente desaparecida misteriosamente desde una canoa, desde una balsa o desde la ribera cuando han ido por agua o a bañarse. Las Yaras ejercen poderosa sugestión a los varones como las sirenas de los mares; y esta sugestión es mayor cuando miran con sus ojos de peces a la persona quien queda inmediatamente magnetizada.

El pueblo cree aún que los que se ahogan y no son encontrados, continúan viviendo con los yacurunas en la profundidad de las aguas. Especialmente en el sector de Chazuta, el Yacuruna se denomina "Mirayán", o sea, el "demonio del agua". Don Tulio Ayachi nos refiere: "En Chazuta muchas veces se han realizado matrimonios por la creencia en el Mirayán. Generalmente las señoritas eran amenazadas en ser entregadas a este personaje diabólico si es que no consentían casarse con determinado personaje de la localidad, de preferencia si era adinerado. Por temor al Yacuruna, las jovencitas aceptaban el himeneo, aun contra su voluntad".

Leamos el siguiente caso: "Mucho tiempo atrás había en el pue-

blo de Tabalosos un indígena llamado Fabián Sangama quien contó lo siguiente: "En altas horas de la noche, un día de tormenta, regresaba con su hijo de nueve años de edad, de Yurimaguas al fundo Santa Rosa donde vivía.

Bajaban lentamente en su canoíta por el río Huallaga, cuando de repente Sangama se dio cuenta que una mujer desnuda y hermosa estaba agarrando la proa de su canoa. La canoa empezó a sumergirse. Instantáneamente sus ocupantes se vieron dentro de una casa, en la profundidad del río. El techo de la casa era de arena, los horcones, vigas y demás maderaje eran víboras de diferentes colores, tamaños y grosores y los bancos para sentarse eran charapas, o sea, tortugas de río.

Muchas mujeres desnudas y de deslumbrante belleza estaban en la casa y, acostado en un lecho de caracolillos, un viejo.

El hijo de Sangama iba a sentarse en una charapa, pero ésta al darse cuenta de la intención del muchacho, corrió velozmente. El niño se asustó y lanzó un grito. El viejo, al oír el grito y al sentir nuevos huéspedes, se irguió y exclamó, sentencioso: "Micushará" (Comeré); pero una de las mujeres le hizo incorporarse de nuevo en su lecho.

El niño lloraba inconsolablemente y Sangama mascaba y mascaba tabaco.

De pronto y sin saber cómo, Sangama y su hijo se encontraban nuevamente en su embarcación, sin haber perdido nada de su equipaje. La canoa se hallaba seca y siguieron rumbo a Santa Rosa, como si nada les hubiera ocurrido, no obstante haber sido, por unos instantes, huéspedes del Yacuruna.

CUENTO

"LA BOA BLANCA"

Cuando el dios de la Selva "Inerré", desde su palacio de oro escondido en las anfractuosidades muy recónditas de nuestro bosques, se ocupaba de formar las especies más importantes de nuestra fauna selvática; con voz firme y estentórea ordenó la creación de un precioso modelo de ofidio que debía desempeñar una forma de reinado entre todos los de su género, sea por la belleza de sus contornos de delicadas líneas, sus finos modales, rostro bien perfilado, ojos azules y sobre todo sus mesurados movimientos y suaves deslizamientos; todo lo cual le proporcionara noble prestancia y jerarquía sobre sus demás congéneres.

Ella es la Boa Blanca, especie muy difícil de localizar en cualquier zona por su rara y escurridiza manera de reproducirse, la cual pertenece al grupo de las serpientes gigantes de la Selva, posiblemente de la talla de la Sachamamam.

La Boa Blanca, busca para actuar en tierra, parajes poco frecuentados a fin de establecer su diario estacionamiento, generalmente cuando permanece en estado de digestión, luego que haya engullido una o varias piezas para su sustento, lo cual consiste en pequeños cuadrúpedos, roedores y aun aves; a todas las cuales atrae con sus silbidos agudos y armoniosos, muchas veces imitando al de los animales que pretende cogerlos y otras veces con sus ademanes diabólicos y mirada amorosa y atractiva; engañados por cuyas artes, los incautos se acercan mansamente, hipnotizados, y en cuyos estado son atrapados por el ofidio que enrroscándolos rápidamente, si es pieza mayor, los tritura al instante y luego de ensalivarlos, los traga en seguida y una vez de ahí, entra en una especie de sopor a amodorramiento, en cuyo estado es muchas veces sorprendido por los montaraces, mitayeros o pobladores de la Selva.

Es en este estado cuando suele esperar a su galán enamorado, que según la sabiduría popular, no es otro más que el famoso y malhadado Chullachaqui, protagonista de miles de cuentos y relatos regionales, señor del bosque, jefe de pandillas de Shapshicos; para cuya espera la boa elige un lugar el más exabrupto del paraje, a donde es difícil llegar sin una determinación plausible. Allí se tiende en forma de una hamaca, enroscando su suave cola en un árbol de tangarana para sujetarse a regular altura, mientras que la cabeza llega a sostenerla engarzada a las ramas de un árbol de huicungo, asegurando en esta forma no ser molestada durante su prolongado descanso.

Y es también en esta oportunidad cuando incursiona por aquellos lares el bribón de Chullachaqui atraído por los suaves aromas que suelen espacir por el lugar las sangapillas florecidas, la canela-mohena destrozada por el paso de las huanganas, o las sachapiñas en sazón, así como quizás por el tufo de la hembra en celo que hasta lejanas zonas esparce la Yacumamam. El Chullachaqui viene generalmente por la madrugada, alumbrándose con la luz tenue y rutilante producida por la gigantescos ninacuros que porta en la mano y guiándose de una especie de trocha especial que le indican las hojas secas esparcidas en el suelo, las que adquieren cierto estado de fosforescencia por la humedad de la noche en la espesura de la jungla. Por allí llega tambaleándose como ebrio y caminando lentamente con sus pies desiguales en busca de su amada ancestral.

Luego de deambular pacientemente por la trocha durante algún tiempo, el Chullachaqui llega por fin a localizar a su amada Boa Blanca, la cual se halla dispuesta, esperándole en forma de hamaca y tras prolongados mimos y regalonas caricias, él se acuesta cautelosamente sobre su viscoso vientre, donde como en mullido lecho suele permanecer hasta el amanecer del nuevo día o mayor tiempo aún, dedicado a hacer el amor ardiente y apasionadamente

a su consentida consorte; quedándose a veces dormido a su manera, es decir, siempre con un ojo abierto a fin de vigilar su seguridad y no ser sorprendido por los numerosos enemigos que tiene, debido a las malas artes que práctica.

Y aseguran los brujos ayakhuasqueros y yacurunas que conocen muy de cerca estos asuntos, que del apareamiento de estas bestias suelen haber descendiente, los cuales son seres híbridos de naturaleza especial, y con caracteres peculiares de acuerdo a su conformación sexual, pues si es hembra, necesariamente tiene que ser auténtica Boa Blanca y si es macho, es un flamante Chullachaqui.

LEYENDA

"DOMINGO SIETE"

Sobre el origen del Domingo Siete, especial día en que por lo general, ocurren cosas desagradables, según la creencia popular; en la Selva se tiene la siguiente explicación:

Erase un cazador que, durante muchas horas, estuvo persiguiendo el rastro de un venado, y al darse cuenta de la proximidad de la noche por el canto del yungururo, desechó la cacería y pretendió regresar al camino real, pero no pudo encontrar la trocha de acceso. Entonces, empezó a andar y desandar a distintas rutas; hasta que se confundió por completo en lo intrincado de la Selva y atolondrado comenzó hacer disparos hasta agotar las cargas de su escopeta. Luego golpeó fuertemente las aletas de los árboles con el fin de llamar la atención de algún posible ser humano que transitase por aquellos parajes, empero lo apartado del lugar no posibilitó tal objetivo. Por último, dio gritos desesperados y encendió lumbre con su eslabón, pero nada, ni nadie, ni un indicio de auxilio percibía. Comprendió que estaba perdido, midió su triste situación y como providencia pensó acomodarse para pasar la noche y dormir. Ayudándose con unos bejucos, subió hasta la espesura de las ramas de un robusto ojé y en lo más espeso de su boscosa copa se acomodó, pues, de lo contrario, si se quedaba en el suelo, corría el peligro de ser devorado por las fieras.

Estaba así pasando la noche encaramado en su mecenas árbol de ojé, entre continuos sobresaltos que le producían los ruidos extraños propios de la Selva. Desde su escondite observaba los raros y fantásticos fenómenos de fosforescencia, y escuchaba el constante rugir del temible otorongo, cuando de repente se iluminó el lugar y apareció una pandilla de chullachaquis pequeños y barrigones, cada uno de los cuales portaba un shupihui encendido con el cuales alumbraban el sendero. El asombro del pobre cazador iba en aumento a medida que se acercaban aquellos misteriosos habi-

tantes de la Selva y, llegó al colmo, cuando eligieron precisamente el ojé que le albergaba para hacer alto y luego se pusieron a dar vueltas alrededor del tronco, cantando con voces que semejan graznidos, la siguiente tonada:

Caipi kani, caipi kani;
pacta manan pactancho;
lunes, martes, miércoles tres;
lunes, martes, miércoles tres.

Y daban saltos descompasados y grotescos, corriendo al contorno del ojé, pasándose en esa forma muchas horas, entretenidos en una algarabía monótona y aburrida; repitiendo sin cesar la misma cantinela. Desesperado el cazador y buscando cualquiera solución, grito desde su improvisado lecho con todas sus fuerzas, para acallar el ruido de los intrusos:

"Jueves, viernes, sábado seis",
"jueves, viernes, sábado seis"

Los chullachaquis al oírlo se callaron inmediatamente, y el jefe de la pandilla dijo:

- ¿Quién ha venido a entrometerse en nuestro canto?

Y al divisar al azorado cazador en su escondrijo, le ordenó bajarse y oyendo su confesión, decidió ayudarle y recompensarlo por haber mejorado su canción con su intervención oportuna. Como ya amanecía, tal como lo anunciaba el canto del chui- chui, le llevaron a un lugar donde la caza era abundante, que se podía tomar las piezas a gusto. Después, le pusieron en camino conocido y le dejaron volver a su casa cargado de abundantes provisiones de paujiles, sachavacas, venados, carachupas, etc. advirtiéndole que en adelante, podría volver a cazar en aquel sitio cuando precisase, con la úni-

ca condición de que debía ir solo y que a nadie revelase lo ocurrido; en cuyo caso jamás volvería a encontrar el lugar.

Al llegar al pueblo donde vivía, se disculpó fácilmente de su trasnochada en la Selva, y en su casa admitieron al caso como situación corriente entre los cazadores de la región.

Desde entonces, el hombre vivió sacando provecho de la aventura, pues constantemente traía gran cantidad de caza variada que adquiría con gran facilidad. Transcurrido un tiempo, el hombre llegó a poseer una respetable posición económica en el poblado donde, a pesar de sus precauciones, se murmuraba del estado preciso de sus pesquisas y del origen de su repentina prosperidad.

Pasando así las cosas, un día fue invitado al trapiche de un compadre suyo donde, tras beber abundante ventisho, se emborrachó completamente. En estado de completa embriaguez, y ante las impertinentes y variadas preguntas de su anfitrión confesó el secreto de su suerte que hasta ese momento había guardado celosamente de acuerdo a las consignas de sus amigos y protectores, los chullachaquis.

El comprade ambicioso, sabedor de todo los detalles del caso, al día siguiente se dirigió al ojé indicado, subió a sus ramas y esperó paciente la noche. Efectivamente, a la madrugada, llegaron con todos sus arreos los espeluznantes trovadores de la Selva para celebrar su acostumbrado aquelarre y, disponiéndose en la forma descrita, iniciaron su cancioncilla ya completada con el anterior aumento del cazador perdido.

Entonces el comprade, que tenía la lección aprendida, gritó con todas sus fuerzas:

"!Domingo sieteeee!",

"!Domingo sieteeee!".

Los chullachaquis se alarmaron al ser de nuevo interrumpidos y el jefe encolerizado, mandó bajar inmediatamente al entrometido. Al tenerlo en su presencia ordenó a sus subordinados hacerlo beber un brebaje con el cual el infortunado olvidaba su pasado y luego sin que opusiese la menor resistencia, se lo llevaron con el grupo hacia el interior del monte para convertido en otro endiablado chullachaqui.

(Juan Ramírez Ríos)

CASOS

"LA NATURALEZA EN LA VISION DE LOS LAMAS"

La naturaleza en la cosmovisión lamista está habitada por tres comunidades: la de los humanos o runas; la comunidad de deidades ("espíritus", "animas") y la comunidad del monte o sacha. Estas comunidades viven en simbiosis unas con otras y en un ambiente de profundo respeto y religiosidad.

Una deidad protectora del monte es el Chullachaqui. Otras deidades son las yacumamam, que viven en el fondo de los ríos y lagos; deidades son también ciertos árboles que tienen gran poder curativo y cuyas resinas o extractos provocan estados de visión no corriente en la comunidad humana: el ayahuasca, el murcuhuasca el tomapende, el ajosacha, etc.

Don Genaro nos llevó a un monte pequeño conocido en Maceda como Manchai. Allí nos contó lo siguiente:
"Era la época de cazar chicharras. El muchacho estaba chicharreando con su pucuna. Salió pues de su casa a chicharrear. Chicharrero sanmiguelino decían en esa época a los de San Miguel... Había unos piñonales por ahí... al frente de la chacra de don Arturo había unos piñonales y por ahí se iba a cazar las chicharras. Total se presentó según nos ha contado su padre en forma de diablo el Chullachaqui_. El diablo se presentó y le dijo: "Vamos a matar (las chicharras) por ahí... ahí van a caer bastante, y le siguió pues. Total ese día, cazando le vino a poner en el manchai... ya no apareció el muchacho..."

Entonces le buscaron, le buscaron. A tres días lo hallaron trastornado. Era mi vecino, se llamaba Aurelio Isuiza... es verídico. Tanto llamar y llamar, le quisieron agarrar... corría el muchacho... no podía hablar... le llevaron amarrado con muchas sogas... le curó en

el pueblo el médico vegetalista... le pasaron con humo de cigarro.

El monte proporciona a la comunidad humana alimentos al mismo tiempo la comunidad cultiva en reciprocidad al monte. El raleo, el "despejo", la caza y la recolección son realizados ritualmente y sólo se saca lo estrictamente necesario. Es una forma de podar la naturaleza para que rebrote con más vitalidad.

Otra deidad es el Shapshico que es el dueño de los animales. Don Asunción Sajamí, nos cuenta que: "...Ese nos hace bromas... a mis abuelos los ayudó a cazar. A veces en pleno monte les aparece y les ayuda a hallar los animales, pero la condición es que no cuentes a nadie lo que te ha ayudado, ni aunque estés borracho... Si se habla, rápido se muere"... y añade; "cuando el monte escucha tiros se hace oscuro... se embravece el monte".

"El monte no te da si no te conoce", dice Zózimo Shupingahua. Pero para que el monte dialogue y reciproque con la comunidad humana, hace falta que la comunidad humana haga ritos de dación al monte. Un pre-requisito para dialogar con el monte es parecérsele, volverse uno mismo "naturaleza". Para ello hay que, como dicen, "dietar", es decir, abstenerse de relaciones sexuales, de comer chancho, ají, poca sal y otras prohibiciones previas al "mitayar", al " montear", al "chapanear", al mismo tiempo que se inician rituales del preparación del cuerpo, tomando alguna "purga", "soga", "remedio", como puede ser la ayahuasca u otro preparado, de modo tal que uno viene a ser la "encarnación" de la yerba, de la naturaleza, y como dice don Juanito Lozano: "Eres un animal más".

Cuando uno toma consecutivamente y por un periodo de abstinencia de uno a dos meses, el cuerpo humano dice que exuda un olor a la yerba que se toma, de modo que al buen mitayero, los animales del monte no lo aprecian como un extraño sino como alguien que es parte del monte, como un ser del monte como dice Zózimo: "los animales pasan cerca de él, no corren, ni le hacen...

daño, les atrae incluso... Mi tío dietó bien, el venado corría en su delante y otra vez, regresaba, cualquier clase de animal... el animal ve la resina... Uno que nunca ha tomado no encuentra nada en el monte... Tiene que tomar su purga si quiere traer algo"...

Hechos estos rituales previos y una vez en el lugar del monte donde se hará el "raleo", la "poda", el "chapaneo" del monte (lo que usualmente se conoce como caza y recolección), se hace un rito, un "pago" al monte que consiste en invitarle cigarro para que fume. El cigarro primero se fuma y ese pucho, después que terminamos, se le prende en una estaca en la misma trocha, o sea, donde andas. En la punta de la estaca abres con tu machete y ahí lo dejas para que humee por los cuatro vientos... se canta "ikarus" solicitando su permiso... se le dice que nos ayude a encontrar algo porque necesitamos de ti... se mastica luego la coca y según el sabor que tenga ella, nos dirá como nos irá en este diálogo" nos dice Zózimo y agrega: "Cuando vas a encontrar, la coca se hace dulce... pero cuando no hay nada esa majadera coca también te avisa , se hace amargo, se hace agua nomás, y de veras, no encuentras nada".

Las formas de diálogo con el monte son variadas. Don Juanito Lozano nos cuenta otra de ellas. El nos dice: ..."Anteriormente mi padre nos enseñaba a comprar de un árbol sus hojas..., sí, es un secreto, una creencia antigua que ellos tenían... Entonces se hacían monedas de tejas de olla de barro rotas o de tinajas rotas. Entonces te ibas al tronco del árbol y le decías: "Véndame tantas hojas para un añuje, para dos añujes, para tres añujes..." es un árbol especial, la "chingurana"... entonces le pides" tantos añujes, tantos majaces, tantos venados.

Les cojes las hojas y con eso te sobas todo el cuerpo... cuando hay creencia surte, efecto. Yo he cazado así varias veces, eso ahorita no lo creen, pero anteriormente sí... Bueno... también hay otro secreto... A esa misma hoja se le combinan con otras especies, vamos a

decir con la llangua... eso es ya para variar, ya no es sólo para la caza de animales sino para el río, para cazar peces en el río con ese remedio que te haces la purgahuasca se baña en una quebrada donde corre, para que lleve toda la saladera que tienes en el cuerpo. Con ese te puedes curar y no tienes que tomar una regular dieta ... dietar la sal, algunas comidas y no dormir con la mujer... la dieta es unos tres días... con eso te vas, entonces jalas la cantidad de peces... anzueleando, tarrafeando.
La dieta es una limpieza del cuerpo..."

Agrega: "... como cualquier árbol que hay en la montaña tiene su espíritu, su madre, pero cuando te va hacer efecto, te hace soñar primero. El monte te da los animales que necesitas, pero tienes que tener fe. Mi padre me decía:... "¿Cuándo vamos al monte hijo, para que el monte de conozca? Hay que bañarse en la quebrada donde que se hacía nuestro campamento.
Entonces esa tarde llegando tenías que bañarte... entonces el monte te está conociendo ya, y esa tarde no salías a montear... si no estás preparado el animal te huele y no te acerca pues... Cuando uno va al monte... con mi padre nos íbamos caminando casi día entero al centro, llegando allá tomábamos una raíz de purga, llamando sanango. Eso tomábamos durante esa estadía de ocho a diez días... te sentías cambiado. Tomabas esa purga y olvídate agilito para todo... Te ibas para el monte, seguías al animal... el animal no te huele... eres un animal más y es cierto.

En la ciudad, con la vida del perfume, el condimento, gasolina, pareces que te agitas. Esas cosas son raras en la montaña y vives más sano... Mi padre me decía: "Hijo, vamos al centro voy a tomar sanango y de veras... ahí se vivía sano. Mi dirección era ir al monte y curarme ahí... Mi padre dormía en la chacra, donde es mi tambo... dormía mi padre solito escuchando las hojas de la shapaja...; en la noche ese ruido de aire fresco... era bonito; en cambio en la ciudad vete, ese calor pues, las comidas condimentadas. Mi padre allí no podía dormir tranquilo y se ha muerto de derrame cerebral...

De otro lado, y como señala don Tiburcio, si no tienes "buena mano": "Los animales no te cruzan por el camino". Y agrega: "Mi mano no están buena ahora porque he agarrado muerto... cuando se agarra o se toca muerto, ya no te acerca el animal. Si tu tocas un muerto, te huele de lejos... Hay una hoja, chingurana le dicen y que sirve para curarse... eso se le hace podrir y con eso se baña a medianoche para limpiarse el cuerpo... El ajosacha también es bueno... con eso se hace mansito el animal, no nos malicia, mejor dicho..."

En la cosmovisión lamista, todo tiene madre. No sólo los miembros de la comunidad humana, sino los animales, y los árboles. Bredi Benzaquen de San Antonio, dice por ejemplo: " El renaco tiene su madre que es el Chullachaqui". Yuli Tuanama dice que: " Su madre de la sangre del grado es el Arco por que es rojo como la bandera..." " La Huimba tiene su madre que es la Vohua", agrega Gronver Falcón. Lo mismo se dice del ojé, de la catahua, de los cerros. No se trata de una madre biológica, sino de un ancestro que se encarga del cuidado de la persona.

"El machonaste es un árbol que tiene por madre a una vieja tipitipi (rotosa), nos dice Rosmery Salas, del colegio de San Antonio, a la mamá se lo ve cuando se toma la purga.

(De "Chacras y Chacareros")
Grimaldo Rengifo - Ríder Panduro - Eduardo Grillo.

INDICE

LO ´GRAFIC Impresores E.I.R.L.
Jr. Ramírez Hurtado 340-342
TARAPOTO - SAN MARTIN